

Juan Marín

“La herencia moral de la filosofía griega”, por Enrique Molina



LOS LIBROS —como los seres— tienen siempre una cualidad fundamental, un rasgo típico, un carácter, que los define y diferencia. Esto podemos verlo con toda claridad aquéllos que en razón de nuestro oficio tenemos trato directo con libros y con individualidades.

En el de don Enrique Molina que hoy comentamos, esa cualidad primordial es la transparencia. Es éste un volumen de cristal. La filosofía no siempre ha de ser esa horrible cosa oscura y compleja que ciertos sabios pedantes se empeñan en crear o modelar a su arbitrio.

Ser sobrio y simple, saber podar el ramaje inútil, la fronda exuberante y la excesiva floración, cosas son que parecen difíciles de alcanzar por quienes se ocupan de temas filosóficos o se identifican con la filosofía. Leer los ensayos filosóficos de un Keyserling, por ejemplo, es buena prueba de lo que venimos diciendo.

El profesor Molina nos ofrece en cambio un miraje de extraordinaria diafanidad a lo largo de las diversas corrientes del pensamiento griego. Su palabra hace que las ideas se hagan totalmente permeables a nuestra comprensión. El sol de Grecia, su atmósfera

áurea y quieta, la blancura de sus mármoles y la armonía de sus monumentos, parecen haber entrado en este libro y prestarle su magnífica luminosidad.

Viejos admiradores de aquella etapa —la más perfecta— de la cultura humana, que Renán llamó el “milagro griego” y que amaron Goethe, Nietzsche, France, Ruskin, Rodó y tantos otros, nos hemos acercado a la obra del Rector Molina con simpatía y reverencia. A lo largo de nuestros estudios de historia de la medicina, remontamos muchas veces el cauce del pensamiento humano y llegamos casi siempre a las playas egeas, bajo la sombra de los olivos de Jonia, junto a las gradas marmóreas de los templos de Esculapio, a encontrar la clave de la verdad, la expresión más perfecta, la síntesis más lograda.

En el plano ético —como lo subraya el autor— los griegos supieron “romper casi siempre con sus atrevidas saetas las nieblas en que ha vivido envuelta nuestra especie y señalar el buen camino, a menudo el camino definitivo”.

Poco se ha avanzado en el mundo de las ideas, desde Pitágoras, Gorgias, Sócrates, Platón, Aristóteles, Epicuro y Zenón hasta nuestros días. La ciencia de los árabes en Califatos, el “humanismo” del siglo XIII, el Renacimiento y el siglo XVIII con el florecer de las ciencias positivas, no hacen sino continuar la línea intelectual trazada en la historia por la flecha que el siglo de Pericles disparó como prodigioso arquero cósmico.

Este es un punto que no debemos perder de vista, porque el “nuevo humanismo” de la hora presente sigue el mismo rastro y obedece al mismo sentido. Es decir, los ojos del hombre vueltos al hombre, en un clima netamente humano, con intención de perfección y de explicación.

Por esto es que después de seguir el paso lento y sereno de este viajero que nos conduce por los templos de la filosofía griega, con la experiencia que le dan su saber y su inteligencia, debemos, sin embargo, disentir al llegar a la última jornada, cuando el profesor Molina formula sus conclusiones. El griego fue fundamentalmente

humanístico, aspiró a llegar al hombre perfecto y lo representó en la máxima belleza, no sólo en cuanto a las formas sino también al espíritu. Detrás de esas frentes marmóreas esculpidas por Fidias, alentaba una ecuación ética admirable. Pero esa ecuación no puede alcanzarse por los caminos de un derrotismo tolstoiano o un quietismo gandhiano. El primer paso hacia la elevación del hombre tiene que ser un mejoramiento de las condiciones que hacen nacer odios y rencores. Esto es indiscutible y está en la base de la psiquis como Adler y otros lo han demostrado.

Para obtener el cese de tensión entre las tendencias agregadas en la sociedad humana, hay que paliar muchas injusticias, suavizar asperezas, amortiguar dolores.

Estamos de acuerdo con el autor en que el espíritu estoico está en la base de toda santidad y de todo heroísmo; pero no a todos los hombres podrá exigírseles que sean santos o héroes. Esta es nuestra única discrepancia con el Rector de la Universidad de Concepción, nuestro antiguo maestro en el Liceo de Talca. Aquí, las características de su propia alma han influenciado con exceso al intérprete de la filosofía griega; es su propio espíritu generoso y quijotesco el que se proyecta sobre las últimas páginas de su hermoso libro. Y esto, naturalmente, no puede restarle méritos, sino agregárselos, si cabe.